

El imperio de los sueños

Charles Simic nació en 1938 en el territorio de la antigua Yugoslavia. Su familia emigró a Estados Unidos en 1949 y se instaló en las afueras de Chicago. Tras licenciarse en la Universidad de Nueva York y probar suerte en diversos oficios, decidió dedicarse a la enseñanza universitaria. En la actualidad es catedrático de lengua y literatura inglesa en la Universidad de New Hampshire. Ha publicado numerosos libros de poemas, entre los que merecen destacarse Hotel Insomnia, Unending Blues y The World Doesn't End, además de antologías de su propia obra y traducciones de poesía rusa, francesa y yugoslava. Sus versiones de poemas de Vasko Popa, en concreto, son justamente celebradas. Miembro de la MacArthur Foundation, ha sido galardonado con numerosos premios, entre los que destaca el Pulitzer de poesía.

Pudiera afirmarse, en tono de boutade, que Charles Simic es en la actualidad el mejor poeta yugoslavo en lengua inglesa. En efecto, pese a que los escenarios y atmósfera de sus poemas son netamente norteamericanos, su tono y dicción deben mucho al gusto por la alegoría y la fábula propio de tantos poetas de la Europa Oriental, en especial Vasko Popa, Miroslav Holub e, incluso, Zbigniew Herbert. Si de Popa ha heredado el uso de la elipsis y de un fuerte elemento irracional y mítico como sustrato del verso, con Holub domina una engañosa simplicidad retórica que convierte sus poemas en fábulas o comentarios sobre el universo progresivamente caótico de la modernidad. Su gran conocimiento del folclore centroeuropeo y de la cultura norteamericana tienden de este modo a superponerse con extraña facilidad. Por otro lado, Simic comparte con muchos escritores del Este europeo una desconfianza hacia el lenguaje de uso o los dialectos considerados tradicionalmente poéticos, y busca una sencillez sintáctica y léxica que dé solidez al discurso y ponga en conflicto o desnuda evidencia los diversos elementos de su imaginario. El resultado, profundamente original, es una poesía en la que se funden los paisajes despojados y metafísicos de un Edward Hopper con personajes dignos del mejor Kafka. Otros ecos nos llevarían acaso a películas como El tercer hombre o al mundo irracional de la literatura gótica. Como afirma el crítico David Young, los poemas de Simic «tienden a ser claros,

compactos y misteriosamente resonantes... El lector se siente en presencia [de un proceso] de destilación, como si asuntos complejos hubieran sido reducidos a un terso microcosmos». Hay ternura en estos poemas, aunque disfrazada a menudo de ironía, crueldad o aparente indiferencia, y cierta nostalgia por una inocencia perdida o, incluso, adolescente (léase, en este sentido, «Álgebra crepuscular»). El mundo de Simic, en último término, bien pudiera definirse como elegíaco, si entre nosotros esa palabra no hubiera quedado reducida a mera coartada para la confesión trasnochada o pseudocavafiana: lo mítico, lo personal y lo histórico se entremezclan en una figuración de extremada riqueza.

*Los poemas que componen esta selección han sido extraídos de *Frightening Toys* (Faber & Faber, 1995), antología de su obra última publicada en el Reino Unido, y *The Longman Anthology of North-American Poetry*, volumen coordinado por David Young y Stuart Friebert. Con frecuencia, he intentado seguir en mi traducción ciertos patrones métricos que, sin desvirtuar el tono narrativo, incluso prosaico, de algunos poemas, hicieran justicia al buen oído de Simic y sostuvieran la percepción de su obra como poesía de primer orden.*

Tapiz

Cuelga de cielo a tierra.
Hay en él ríos, árboles, ciudades,
lunas y cochinillos. En una esquina
cae la nieve
sobre una carga de caballería,
en otra, unas mujeres
plantan arroz.

Además puedes ver:
un zorro cazando gallinas,
una pareja desnuda en su noche de bodas,
una columna de humo,
una mujer de mal agüero
escupiendo en un balde de leche.

¿Qué hay detrás?
—Vacío, mucho espacio vacío.

¿Y quién es el que habla?
—Un hombre dormido
bajo su sombrero.

¿Y qué pasará cuando se levante?
–Irá a la barbería.
Le afeitarán barba, orejas, nariz y pelo
hasta que parezca uno más.

Juguetes aterradores

La Historia hace sonar sus tijeras
en la oscuridad,
por lo que al final todo acaba
sin un brazo o una pierna.

Pero, en fin, si eso es todo
lo que tienes para jugar...
¡Esta muñeca, al menos, tenía cabeza,
y labios encarnados!

Calles desiertas, casas de madera,
sucios escaparates:
sentada en los peldaños,
una niña en pijama le hablaba.

Parecía un asunto serio.
Tanto que la lluvia quiso oírlo,
y cayó sobre sus pestañas,
y las hizo brillar.

Tenedor

Este extraño objeto vino arrastrándose
directamente del infierno.
Parece una pata de pájaro
colgada del cuello de un caníbal.

Si lo sostienes en tu mano,
si pinchas con él un trozo de carne,
es posible imaginar
el resto del pájaro. O la cabeza,
ciega y calva como tu puño:
ciega,
y sin pico.

Una carta

Queridos filósofos: pensar me entristece.
 Decidme ¿no os ocurre lo mismo?
 Justo cuando voy a hincar los dientes en el nóumeno,
 alguna antigua novia me distrae.
 «¡Pero si ni siquiera existe!», le grito al cielo.

La luz del invierno me indicó la ruta.
 Vi lechos cubiertos de idénticas sábanas grises.
 Vi hombres cenceños sosteniendo a una mujer desnuda
 mientras la rociaban de agua fría.
 ¿Pretendían calmar sus nervios, o castigarla?

Fui a visitar a Bob, que me dijo:
 «Desecha la seducción de las imágenes
 y encontrarás la realidad».
 Salté de alegría, hasta que comprendí
 que tal abstinencia nunca me sería posible.
 Me descubrí mirando por la ventana.

El padre de Bob sacaba a pasear al perro.
 Se movía con dificultad y el perro esperaba por él.
 No había nadie en todo el parque,
 sólo árboles desnudos con infinitas formas trágicas
 que impedían pensar con claridad.

Carnicería

A veces, mientras paseo en la noche,
 me detengo ante una carnicería cerrada.
 Hay una sola luz encendida
 como la luz donde los convictos cavan su túnel.

Un mandil cuelga de un gancho,
 manchado de sangre como un mapa
 de los amplios continentes de sangre,
 de los amplios ríos y océanos de sangre.

Hay cuchillos que fulgen como altares
 de una oscura iglesia

donde inválidos e idiotas
son traídos para la cura.

Hay huesos rotos y una tabla de madera.
Alguien la ha frotado y está limpia,
cauce o lecho exhausto donde sacio mi hambre,
donde, en lo más hondo de la noche, escucho una voz.

El mundo

Supongamos que fuera un árbol
en una calleja en penumbra,
junto a un viejo café a trasmano
donde un letrero de neón
brilla con la palabra «frío».
Cae la noche, y es verano.

Dentro hay un único cliente
que tiene el rostro de mi padre.
Está inclinado sobre un libro
impreso en tipos diminutos,
ajeno al barman que le acerca
una taza de café negro.

Tengo infinitas hojas, pero
ninguna se atreve a moverse.
No hay duda, estamos embrujados.
Nada en el mundo nos atañe.

El congreso de los insomnes

Madre y Señora,
hay pases para todos:
alucinados pastores peruanos,
ancianos recogidos
en las calles de Nueva York.
Y tú también, muñeca,
tú que con los ojos muy abiertos
escuchas el sonido de la lluvia
junto a un niño dormido.

Un hotel. Una gran sala de baile.
Espejos por los cuatro
costados. Piensa en ello
mientras yaces tumbado en la negrura.
Ángeles decorando el techo,
ninfas desnudas
en lo que debe ser, sin duda, el paraíso.

Hay un estrado, un foco,
un acomodador y una linterna.
Alguien hablará ante esta multitud
desde su lecho de espinos.
El insomnio es como la metafísica.
No faltes.

Charles Simic

Traducción y presentación de Jordi Doce